

Poesía y Cristología. Presencia de *El Cristo de Velazquez*, de Unamuno en el pensamiento cristológico de Olegario González de Cardedal.

.1.- En el marco de nuestro encuentro sobre los modos de dialogo entre teología y literatura, elegimos la fecunda relación entre Unamuno y Gonzalez de Cardedal para mostrar el modo en que un pensamiento teológico se abre, acogiendo la voz de la poesía, a nuevos caminos de reflexión. Nos guía la convicción de que “poetas y teólogos habitan colinas cercanas”¹.

González de Cardedal da una muestra de esta cercanía espiritual en la lectura cristológica que realiza de la literatura en “*Cuatro poetas desde la otra ladera*”². En los capítulos dedicados a cuatro poetas, Miguel de Unamuno, Jean Paul, Antonio Machado y Oscar Wilde, da cuenta del modo en que la poesía ha moldeado distintos aspectos de su reflexión y lenguaje cristológicos. En el presente trabajo nos centramos en el desarrollo de su lectura teológica de “*El Cristo de Velazquez*”. Buscamos poner de manifiesto algunos procedimientos metodológicos con los que, en la huella de la hermenéutica contemporánea, el teólogo ha sabido apropiarse de la riqueza de la palabra poetica, para interpretarla e incorporarla a su propia voz teológica. González de Cardedal no se detiene expresamente en la cuestión del método de diálogo interdisciplinar; su propósito y horizonte final es la elaboración de una cristología a la altura del hombre de hoy. En esa búsqueda cristológica, la poesía se le presenta como un lugar ineludible de revelación y de búsqueda de Dios. Pero el motivo que le lleva a adentrarse en la poesía es la palabra que ésta emite sobre Cristo. Por lo tanto, la cuestión del método de diálogo interdisciplinar, queda en un segundo plano.

¹ HEIDEGGER, M. “*Que es eso de filosofía?*” Neske Pfullingen, Tubingen 1956. Heidegger toma una cita del poema “Patmos” de Holderlin.

² GONZALEZ DE CARDEDAL, O. “*Cuatro poetas desde la otra ladera, Unamuno, Jean Paul, Machado, Oscar Wilde, Prolegómenos para una cristología*”. Editorial Trotta, Madrid 1996.-, En adelante se citará “CP” y el número de página.

Ese segundo plano es el que despierta nuestro interés y el que justifica la presencia de una obra de Cardedal en este encuentro.

2. El Cristo de Velazquez, poema místico de Unamuno.

“*El Cristo de Velázquez*” es , según González de Cardedal, la respuesta religioso-poética a las preocupaciones existenciales y filosóficas de Unamuno. Unamuno ha expresado en casi todas sus obras, ensayos, poesías, obras de teatro y cartas personales, la angustia ante la incertidumbre de la pervivencia humana después de la muerte y específicamente las dudas respecto de su propia inmortalidad personal. Esta preocupación atraviesa y estructura toda su vida y obra. En el ensayo titulado “*Del sentimiento trágico de la vida de los hombres y de los pueblos*” expresa en clave filosófica sus dudas respecto a las afirmaciones de la religión cristiana sobre la vida después de la muerte. La tesis principal de este ensayo es que no podemos saber positivamente si viviremos para siempre o si la muerte terminará con todo lo que somos, individual y colectivamente. No podemos, desde la reflexión filosófica, afirmar nuestra pervivencia, ya que la razón no alcanza a dar cuenta de esta verdad, sólo puede anhelarla y esperarla. De esta certeza surge el “sentimiento trágico” que caracteriza la vida de los hombres y los pueblos. La vida humana es percibida como una tragedia, por estar destinada a la muerte.

La fe, considerada por Unamuno como ajena al discurso del logos racional, es la única voz que se atreve a ofrecer una esperanza de vida mas allá de la muerte. Esta fe que vive en la médula del pueblo español, es añorada por el filósofo que, con honestidad, no puede aceptar ingenuamente lo que ella afirma sin riesgo de traicionarse a sí mismo. Unamuno siente y padece la imposibilidad de descender existencialmente hasta la fe del pueblo español.

Con el deseo de acceder a la fe sin renunciar a la razón, Unamuno escribe su poema cristológico. Para ello se ubica frente al Cristo que le ofrece una famosa pintura de Velázquez, a la que considera como símbolo de la fe de España; el Cristo en la cruz, joven, bello y muerto, recortado sobre un fondo negro. La contemplación de esta pintura le lleva, como en un juego de espejos, a la contemplación del Cristo de los Evangelios y desde allí surge su palabra poética. En efecto, pocos poemas acuden con tanta frecuencia y precisión a las citas bíblicas. Unamuno conocía la Biblia y fue una compañía privilegiada a lo largo de su vida.

El poema consta de cuatro partes, que no están conectadas con un hilo narrativo, sino que cantan una contemplación extática. La forma elegida es la de endecasílabos blancos libres, que no siguen una rima preestablecida. Esta forma poética le permite escribir con total libertad, pero hace que el poema sea de difícil lectura y memorización, por la ausencia de musicalidad de sus versos. La primera parte se abre con la contemplación de la figura de Cristo que le presenta el cuadro de Velázquez para pasar a una nominación de aspectos del misterio de Cristo seguidos de una glosa poética. El poeta, en la tradición de Fray Luis de León en *De los nombres de Cristo*, nombra lo que contempla y sabe de Cristo. El último canto de esta primera parte se titula “*Silencio*” y abre al contenido de la segunda parte en la que se detiene en el sufrimiento de Cristo en su Pasión. En efecto, la segunda parte considera la Pasión de Cristo en un amplio espectro de perspectivas, entre las que se destacan las alusiones al significado simbólico del color blanco y la humanización de los elementos de la naturaleza, mar, fuego, tormenta, aplicados a una visión simbólica de los sufrimientos de Cristo. Toda la tercera parte está dedicada a cantar al cuerpo, considerado simultáneamente cuerpo del hombre y cuerpo de Dios humanado. La contemplación del cuerpo se anuda en una actitud interior, la *Obediencia*, canto que se

encuentra en el centro de esta tercera parte. La cuarta parte celebra las consecuencias de la Resurrección, como esperanza universal que ofrece este concreto hombre muerto y resucitado. El poema se cierra con una oración personal en la que el poeta pide respuestas a sus angustias personales y una oración universal en la que la plegaria implora la presencia de Dios en la vida de los hombres.

3. Confluencia de horizontes de sentido

La imagen del título de la obra de Cardedal nos ayuda a comprender el presupuesto de esta lectura hermenéutica. Unamuno y Gonzalez de Cardedal quieren hablar de Cristo, pero cada uno desde una ladera diferente de la “montaña” del ser y del lenguaje. Unamuno escribe un poema que tiene por objeto a Cristo; González de Cardedal quiere escribir una cristología, desde la fe de la Iglesia, y para ello, la mirada de Unamuno le ofrece perspectivas nuevas. Gonzalez de Cardedal no necesita justificar temáticamente el motivo de la elección de este poema. Además de la admiración y comunión espiritual que existe entre ambos, queda en claro que la palabra de teólogo y la del poeta coinciden en el objeto de contemplación y amor, Cristo. Al momento de comenzar el recorrido de este encuentro, González de Cardedal traza un plan sobre el que estructura su acercamiento teológico al poema:

“Hasta ahora se ha estudiado la génesis, el lugar que ocupa (El Cristo de Velázquez) dentro de la trayectoria creadora de Unamuno, la estructura formal, el género literario, el eco histórico, la recepción inmediata y su influencia permanente. Todo ello es necesario. Pero a la vez se puede y debe acceder a él intentando comprender la realidad de la que habla, ya que la palabra y la realidad se interaccionan, y es el contenido el que se busca, crea y exige unas determinadas mediaciones expresivas. En las páginas siguientes vamos a ocuparnos de cuestiones de fondo que son previas al análisis filológico propio del poema. Por ello las

hemos llamado claves fundamentales. Éstas se logran: *a)* desde una comprensión de la totalidad del poema; *b)* desde una comprensión de la persona de Unamuno; *c)* desde una comprensión de la realidad cristológica, tal como era vivida individual y colectivamente en la conciencia humana durante los decenios que precedieron a la redacción del poema.”³

Se nos propone acceder al poema desde una interpretación superadora de los seccionamientos propios de los estudios filológicos o meramente literarios. Es lo que hemos llamado “confluencia de horizontes de sentido” entre la literatura y la teología. Para alcanzar esta confluencia González de Cardedal traza tres grandes líneas que desarrollará en su estudio y que llama “*claves fundamentales*”. En primer lugar, la clave es una comprensión de la totalidad del poema, es decir, la necesidad de percibir la “figura” que el poeta describe con sus palabras. Cardedal invita a una comprensión estética totalizante que incluye la fe cristiana. La comprensión de la persona de Unamuno, segunda clave de acceso, la enmarcamos en la atención teológica que despiertan las biografías como ámbito personal de fidelidad al don, realización de la vocación y concreción de la misión otorgada por Dios.⁴ La tercera clave fundamental consiste en un recorrido a un tiempo histórico, filosófico y teológico del contexto vital en el que surge la palabra de Unamuno ante Cristo. Este estudio permite al teólogo conformar un mapa de las diferentes corrientes cristológicas, en la Europa de fines del s XIX y comienzos del S XX, desde dentro y fuera de la Iglesia.

González de Cardedal no se ciñe a un método preestablecido. Su pensamiento se mueve en tríadas: biografía, contexto y poema; filosofía, poesía y pintura; pintura música y poesía; pintura, poesía y teología. En ellas entrelaza los datos biográficos del autor con el

³ CP. p.27

⁴ SCHNEIDER, M. “*Teología como biografía. Una fundamentación dogmática*”.Ed. Desclée de Brouwer, Bilbao,2000.

trazado del contexto del pensamiento y con sus propias reflexiones teológicas suscitadas por la palabra poética. Sin abandonar el rigor de la investigación científica, el teólogo acuña un lenguaje que sabe elevarse a imágenes poéticas, que incorpora en su discurso cristológico.

A fin de mostrar este modo de pensamiento nos detendremos en el desarrollo de las tres cristologías que, según el análisis de Cardedal, confluyen en el poema unamuniano. Sobre estas cristologías se recorta la comprensión de Cristo presente en el poema. Ellas configuran su telón de fondo.

4. Tres cristologías: filosófica, poética y pictórica

El autor propone tres tipos de cristologías que han influido en Unamuno. La originalidad de la propuesta radica en que dichas cristologías no surgen del seno de la teología como ciencia autónoma, sino que están directamente relacionadas con tres disciplinas. En primer lugar, una cristología filosófica, es decir, una filosofía que incluye el dato cristiano. El teólogo afirma, junto a esta cristología filosófica que ha sido ampliamente estudiada por X Tilliette, la existencia de otros dos tipos de cristología ligados a la estética, ya que nacen de dos disciplinas artísticas: una cristología poética y una cristología pictórica. Su hipótesis es que Cristo ha permanecido vivo no sólo dentro de la Iglesia, en la teología y la liturgia sino que con la misma fuerza ha pervivido en las formas que los hombres han creado para manifestar, en las obras de arte, su mirada sobre Él.

El poema mayor de Unamuno ubica la figura de Cristo como una categoría filosófica, en la mejor tradición de la metafísica moderna. Cardedal afirma que:

“Unamuno eleva la realidad cristológica a categoría filosófica, porque el sujeto de la muerte y crucifixión en *El Cristo de Velázquez* no es sólo un hombre, Jesús, sino el Hombre, la

Humanidad entera y eterna con él, y en unidad irrompible lo es también la divinidad, Dios mismo, el Padre.”⁵

En la mirada filosófica de Unamuno sobre Cristo está presente toda la tradición metafísica europea de los S XVIII y XIX.

Para el desarrollo de la cristología poética presente en el poema Unamuniano, Cardedal agrupa la influencia de los poetas según su nacionalidad. Fiel a su estilo triple de pensamiento, desarrolla las preocupaciones centrales de la poesía inglesa, alemana y francesa, subrayando en cada una su modo particular de ocuparse de Cristo y mostrando su presencia en el poema unamuniano.

La propuesta de una cristología pictórica subyacente en el poema de Unamuno, supone que cada pintor también expresa en el lienzo su visión sobre Cristo. Unamuno prefiere las pinturas de Cristo de los clásicos y desconoce el retorno de la figura de Cristo en pintores que le son contemporáneos⁶. Si el Cristo que quiere cantar Unamuno pretende ser la síntesis de la fe de España, entonces podría haber escogido otro pintor más representativo: El Greco, Goya, Ribera, Zuloaga. Sin embargo, el clasicismo y la perdurable expresividad de este cuadro, más allá de las vanguardias y las modas, lo ubican en el lugar desde el que Unamuno quiere decir su palabra. Sus referencias siempre son los clásicos; en literatura, Cervantes y en pintura, Velázquez.

5. Conclusión.

González de Cardedal se mueve con una enorme libertad, amoldando los modos de acercamiento al texto a la peculiaridad de cada obra y de cada autor, sin perder la intencionalidad teológica que guía su lectura. Su método de diálogo interdisciplinar escapa

⁵ CP, p.67

⁶ CP p.78

a todo tipo de clasificación previa. Fiel a su tiempo, el autor se sitúa en la huella de la hermenéutica contemporánea en la que intérprete y texto interpretado se recortan con total claridad. La clave de lectura interpretativa es la cristología. Esta delimitación permite evitar fusiones que eliminen la sustancia y el peso de cada disciplina. La literatura que el autor elige para el diálogo con la teología es, en este libro, una literatura que se ocupa expresamente del problema religioso humano o bien de las figuras que la revelación cristiana propone como camino de salvación. Queda excluída de su mirada otro tipo de literatura, que no tenga un horizonte expresamente cristiano.

El valor de la literatura como lugar teológico, radica en que ella es una realidad abierta en la que el lector creyente puede descubrir nuevos mundos, pues el Espíritu le ayuda a percibir el misterio de Cristo que se expresa y revela en toda palabra humana auténtica. El ámbito de máxima confluencia de sentido, es, entonces, la Encarnación de Dios en Cristo. En Él, afirmamos que Dios vive en el corazón de los hombres que rezan, crean, aman. Esta verdad teológica es la que posibilita el encuentro de sentidos de la palabra humana con la Palabra de Dios.

Este libro constituye el aporte más significativo de González de Cardedal al diálogo interdisciplinar. En el se muestra en toda su sensibilidad de hombre de letras y de teólogo que quiere sumar las diferentes voces humanas a la orquesta que ejecuta la sinfonía de Cristo.